



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA D. Jerónimo Lafuente, Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubiertas

SUMARIO.

- Crónica, por Un Teruelano.
 El afán de exhibirse, por D. Ambrosio Gimeno.
 Lo que és y lo que parece, por D. Jerónimo Lafuente.
 El pecado natural, por D. Antonio de Trueba.
 Cantares, por D. Melchor de Palau.
 La familia de Zurita y su último representante, por D. Nicolás Ferrer y Julve.
 Influencia de la religion católica en el individuo y en la Sociedad, por D. Pedro Arnalte.
 Miscelánea.

CRÓNICA

Llegada la época en que es indispensable cuidar con más esmero de la limpieza y riego de las calles, comodidad é higiene pública, recordamos al vecindario:

Que todos los vecinos rieguen con agua limpia las fronteras de sus casas respectivas, dos veces cada día, desde esta fecha á fin de Setiembre.

Que el riego deberá efectuarse, la primera vez antes de las nueve de la mañana y la segunda entre cinco y seis de la tarde.

Que en las casas en que haya dos ó más vecinos, establecerán entre sí un turno para el servicio que por las disposiciones anteriores se les encarga.

Que los encargados de los establecimientos públicos, iglesias, conventos, oficinas etc., están tambien obligados á cumplir con lo mandado.

Y que los que contravengan á cualquiera de las disposiciones anteriores, pagarán la multa... que señalará á su tiempo por quien corresponde.

No cabe la menor duda de que el para-rayos bien dispuesto y conservado es preservativo seguro de las exhalaciones eléctricas, y en este concepto se ha generalizado en todos los países cultos, incluso la region en que vivimos, aunque no tanto como merece el maravilloso descubrimiento de Franklin.

Todas las localidades y todos los edificios, cualquiera que sea su situación, están expuestos á los estragos del rayo, pero muy particularmente aquellas localidades y aquellos edificios que no están inmediatamente dominados por cuerpos de mayor elevación, ya sean estos cuerpos montañas, árboles ó edificios, porque la chispa eléctrica da siempre la preferencia para herirlo al cuerpo ó superficie que más se eleva en determinado radio.

Por eso, durante las tempestades es peligroso buscar refugio bajo los árboles.

El para-rayos, que por cierto tiene coste insignificante comparado con su utilidad, no debe faltar, sobre todo en los edificios públicos, como las iglesias y las escuelas, donde suele estar congregado gran número de personas y donde por la mayor elevación, particularmente de las primeras, el rayo hiere con más frecuencia.

La generalidad de los edificios que hoy se levantan *ad hoc* para escuelas públicas municipales de ambos sexos, constan de un cuerpo central notablemente elevado, como que se destina á habitaciones de los profesores, y de los pabellones laterales, que sirven para escuelas de niños y niñas. El municipio que ha gastado algunos miles de duros en la construcción de un edificio de esta clase, no debe escatimar algunos cientos de pesetas para dotarle de un para-rayos que, colocado en el cuerpo central, ponga á cubierto á la niñez que allí se reúne y permanece casi constantemente, de los horribles estragos de una descarga eléctrica.

Todavía persevera en algunos pueblos la antigua costumbre de tocar las campanas cuando la tempestad amenaza y aun en el momento que estalla. Esta costumbre, por más que se apoye en sentimientos dignos de respeto, es absurda y digna de ser completamente abandonada, porque el tañido de las campanas cuando la atmósfera está cargada de electricidad, atrae esta en lugar de repelerla.

Encarecemos la conveniencia y aun la necesidad de que el para-rayos se generalice en los edificios públicos. En esta capital se han colocado recientemente en el Instituto, en la Casa provincial de Beneficencia, en la Catedral y en el Palacio de la Diputación, y muy pronto los tendrán varios templos y escuelas de la provincia.

Desde el 7 de este mes, en que el diputado Sr. Laá habló en el Congreso, según *El Día*, están de enhorabuena los contribuyentes; y si no han colgado sus balcones y mandado echar las campanas á vuelo en honor del Sr. Laá, son unos ingratos. Han sabido que «los pueblos más ricos son los que más pagan,» y no darán prueba de buen gusto si no se apresuran á ganar este dictado pidiendo que se les aumente la contribucion.

Cierto que el Sr. Laá no carecía de razón cuando defendía la necesidad de los tributos; pero como combatía un fantasma, porque nadie niega el deber tributario, su oración hubiera resultado incolora sin alguna afirmación de novedad como la que hemos indicado.

Antiguamente se conceptuaba por los economistas que el tributo debía guardar relación con la riqueza sobre que se imponía; hoy sabemos que el tributo es el que dá la norma de lo que se tiene. Fíjese una gran cuota al contribuyente, y será éste mucho más rico.

No hay, pues, que afligirse.

¿Cobran al pueblo un tributo directo que ataca al capital?

Mejor.

¿Se agrava su situación con otros indirectos?

Pues, mejor que mejor; así serán más ricos los contribuyentes.

¿Llega á ser imposible el pago por lo exagerado del impuesto?

Pues el triunfo de la doctrina del Sr. Laá es evidente.

¿Cercan al contribuyente los comisionados de apremio, se arroja el fisco sobre sus bienes y le deja en disposición de pedir limosna?

Pues entonces habrá llegado al límite posible de su riqueza y de su bienestar.

¿De qué se llenaría un botijo para que mientras más lleno esté pese menos? preguntan los muchachos.

Y los que están en el secreto contestan: de agujeros.

¿Cómo haríamos ricos á todos los contribuyentes? preguntamos nosotros.

Y contesta el Sr. Laá: agobiándoles á tributos.

La fiesta popular que se celebró el día 2 con motivo de la coronación del emperador de Rusia, fué favorecida por el tiempo.

El campo Khodinskoe es una plaza de maniobras, situada cerca del palacio Petrovski, y que mide 3 kilómetros cuadrados. En el centro de la plaza se había levantado el pabellón imperial. Se preparó un convite para 400.000 personas, con un suplemento para 40.000 más. El convite consistía en un pastel de carne, otros pasteles y un cucurucho de macarrones y bombones.

Todo ello estaba encerrado en un pan. Los panes estaban colocados en muchas barracas, y en medio de todas ellas había un paso por el que podían

ir dos personas de frente y recibían el pan. Gracias á esta ingeniosa combinación, no se produjeron desórdenes. Pocos fueron los panes que se comieron allí mismo, destinándose á comerlos en familia.

En cambio se bebieron 480.000 litros de cerveza, cargados en 100 wago- nes dispuestos en un ferrocarril que daba la vuelta á la pradera. Dos mil personas estaban empleadas en el servicio de los panes y de la cerveza.

Al mediodía la gente quedó en la pradera para asistir á los espectáculos dados por cuatro teatros, un circo, varias orquestas y fuegos de todas clases.

El emperador y la emperatriz llegaron á las dos, saliendo después de una hora para el palacio Petrovski, donde se había ofrecido á los gobernadores de las provincias llegados á la coronación un gran banquete. Al salir los emperadores fueron calurosamente aclamados por el público.

Con tres devotos,
y un mal bajón,
se arma un rosario:
...¡que devoción!

Yo no sé si fué el insigne D. Francisco de Quevedo quien escribió los anteriores versos; pero sea quien fuere el autor, es seguro que debió escribirlos después de una noche de mal dormir, por haberlo desvelado los gritos de los devotos callejeros que dos horas antes de amanecer corrían la villa, rogando á voces por los pecadores perezosos y dormilones.

Con la misma facilidad que *in diebus illis se armaba* un rosario, ó con más aún, armamos hoy una sociedad de socorros mútuos, ó contra incendios; sino es con fines más altos, como por ejemplo propagar el saber, las buenas ó malas costumbres, la afición

al estudio, las corridas de toros, las riñas de gallos, el baile, el cante flamenco etc.; y si no nos quitan el sueño como se lo quitaba el rosario de la aurora al padre de aquellos versos, es porque ya nos hemos acostumbrado á la chillería que promueven tantos sacamuelas como hoy nos atruenan los oídos con su vocinglería.

Suelen traer delante una ruidosa murga, en que el bombo es el instrumento principal, anunciando felicidades y dichas sin cuento á la tierra donde van á caer. Ofrecen oros y moros, sin que nadie les pida nada, y luego hay que cantarles lo que le cantaban los chicos de aquel pueblo, á un ministrante recién contratado, que en lugar de dedicarse á sangrar y rapar barbas, echóse á actor:

De Madrid *nus* ha *venio*
un señor muy elegante,
 pensemos que era *cirjuano*
y ha *salio* comediante.

Semejante *falaguera* nos deslumbra, y viene á sucedernos lo mismo que al pajarillo cuando es blanco de la mirada de la serpiente, nos *atarantamos*, y cualquiera nos maneja como á párvulos de escuela de idem, hasta que pasa tiempo, y aunque torpes para conocer lo que es farsa y á los farsantes, como son tan burdas las tramas que urden, por fin los conocemos y zás, les ponemos un mote, que es una biografía entera y verdadera del embrollon, y ya se hundió para *in secula seculorum*, y aunque haga santos, diablos parecerán siempre.

¿No han conocido ustedes, por su desgracia, á alguno de esos que todo presumen que lo saben, todo piensan que lo entienden, que lo discurren y que lo aciertan?

A estos *sábelotodo* que nunca yerran, les viene de molde aquello de

Un galgo tiene D. Pedro
y otro tiene Mosen Juan,
que cogen todas las liebres,
menos... las que se les van;

porque no dan una en el clavo y dan ciento en la herradura, esto suponiendo que dan en alguna parte.

Pues, ¿qué me dicen ustedes de los que tratan tú por tú á todo bicho viviente, desde el Presidente del Tribunal Supremo y Lagartijo hasta el acomodador del teatro y el polizone de la esquina; y de los que descienden por línea recta del Duque del Pimenton ó del Marques del Humo, ó del mismo Cid Campeador y son parientes próximos del Nuncio, del Ministro y del Embajador de Rusia? ¿Son poco felices todos estos mortales? Verdad es que á lo mejor suelen topár con alguno que... y vá de cuento:

A Madrid se encaminaban en un coche de primera del ferro-carril del Norte dos provincianos; uno castellano viejo y el otro andaluz, y el castellano viejo, para trabar conversacion, dijo al andaluz:

—¿Conoce usted mucha gente en Madrid?

—La mayor parte de mi familia reside en Madrid. Mi padre es Presidente del Tribunal Supremo. Uno de mis hermanos es segundo cabo de la capitania general. Otro es gentil-hombre de Cámara con ejercicio. El tercero es subsecretario del ministerio de la Gobernacion. El cuarto no ejerce ningun cargo público porque se ha casado con una grande de España. Uno de mis primos carnales es banquero. Otro acaba de titular. Otro está indicado para una de las mitras vacantes. El resto de mis parientes figura como eminencias en las Universidades, en los Tribunales, en las Córtes, en las ciencias, en la literatura y en las Bellas Artes. ¿Y usted, tiene familia en Madrid?

—Si, señor—contestó el castellano viejo; mi padre es verdugo de la Audiencia; uno de mis hermanos es carpintero y arma el tablado, otro le asiste en las ejecuciones; tengo un primo matachin. Y para no cansarle á usted, el resto de mi familia se dedica, con gran éxito, á secuestrar niños, á timar licenciados de Cuba, á aligerar bolsillos y hacer el matute.

—Pero, hombre—exclamó el andaluz—¿qué familia tiene usted!

—La que usted me ha dejado—repuso el castellano viejo.

Un Teruelano.

EL AFAN DE EXHIBIRSE.

Es la vanidad *quinta esenciada*, traducida por el deseo vehemente de figurar en todo sitio y ocasion, sin condiciones á propósito, sin títulos por parte del invadido de esta pasioncilla siempre anidada en el vulgo de la inteligencia, exceptuado el caso en que dimana de una educacion falseada, y que á veces proviene tambien de raza, á manera de virtudes y vicios heredados.

Este, en otros tiempos, vicio, para algun mortal casi virtud en los presentes, y que en muchos constituye el todo, su modo de ser, ha tomado carta de naturaleza, en el suelo español con tal pujanza, que ha concluido por enseñorearse asi de la rica y ostentosa poblacion, cual de la pobre y miserable aldea.

Este vicio, preocupacion, ó lo que mejor le cuadre al lector, puesto que á su eleccion queda darle nombre, creo que lo trajo ya la humanidad á su aparicion en este mundo con la primera pareja de la cual venimos todos en línea recta, salvo las opiniones de Darwin y otros señores, que con anterioridad á él, y bajo su palabra sola, pretenden traernos de distintos orígenes, ridículos en su mayor parte, y entre estos alguno muy parecido al del hongo.

Para mi, el afan de exhibirse ante Adan obligó, sin duda, á nuestra madre Eva á atropellar por el precepto, comiendo de la fruta del árbol prohibido.

Se concibe que tal afan haya empeñado en luchas pueriles á muchos discretos escritores con el intento de aclarar si el árbol famoso, cuyas degradantes consecuencias todos lleva-

mos aún á cuestas, era manzano ó peral; como andando el tiempo, mas adelante, el mismo maldito afan debió impulsar á otros de no menor discrecion á entablar furiosa polémica á fin de discernir y averiguar á que clase de árboles pertenecia el que eligió aquel discípulo desventurado y traidor, llamado Judas, para ahorcarse envuelto en su desesperacion.

Mas no hay que maravillarse; este afan de vanidad y torpeza viene de muy léjos y de muy alto, mucho; de tan lejos y de tan alto, que hasta hoy no ha aparecido inteligencia astronómica que haya podido, ni siquiera, aproximarse á la realidad con sus más atrevidos cálculos y combinaciones. Como que esta solicitud de exhibirse debió enjendrar en el ánimo del ángel rebelde y su cuadrilla el atrevimiento, inaudito por lo colosal, y maldecido por lo sacrílego, de rebelarse contra el señor de cielo y tierra.

A tener, pues, en cuenta su antigüedad, menos debe extrañarnos que aún se pasé hoy entre nosotros, si bien por conocerle ya sus mañas, tan solo consiga arrancar la risa hasta del icterico, por su dolencia, y triste melancólico en su espíritu.

Este tipo, á que dudarlo, se presenta en estos tiempos que corremos tan degenerado, cual las simientes viejas que, á puro de trasladarlas de un clima á otro, han perdido ya su esencia, su primitiva virtud.

Todo el mundo conoce esos tipos dados á la exhibicion, los cuales por más que se agiten y revuelvan; el desden y la mofa son sus acompañantes por doquier, sin alcanzar otro fruto que ser apellidados *cursis*.

Los hay de varias clases en todas las gerarquias y en ambos sexos.

Los que atraen toda la atencion pública sobre ellos, que es su principal aspiracion, son aquellos que, distando mucho de ser sábios, pretenden aparentarlo, con mala fortuna seguramente, puesto que jamás consiguen llevar ese convencimiento ni aún al vulgo, que al instante conoce la moneda falsificada burdamente, que se le quiere obligar á aceptar.

No son mas afortunados los que militan en el campo de la política. Estos valen un potosí: bullen, rebullen, viven vida agitadísima tras sus soñadas aspiraciones, concluyendo siempre acosados por el menosprecio general.

A los malos pintores, poetas, y músicos, que caen en el escollo de la exhibicion, como dice el vulgo, ni la caridad los levanta.

No aparecen bajo más risueño aspecto muchos que se creen oradores, sean sagrados ó profanos, porque á la verdad, resístese el temperamento más linfático al ver asaltadas, lo mismo la tribuna que la cátedra sagrada, por

esos habladores imperturbables y amanerados tan incapaces para enseñar, como poco solícitos en aprender. El buen sentido ha elegido un apodo propio de la época para distinguirlos de aquellos que tienen el don de la palabra. Los apellida *chiflados*.

Otra clase aficionada á la exhibicion, suele componerse de individuos que por su insignificancia podemos llamar de *escalera abajo*, y cuyo mérito principal estriba en ahuecar la voz cuando hablan, presentarse de ordinario en público con paso reposado, afectada tiesura, inflado el rostro y dejando ver en él la severidad característica del de un animalito doméstico muy apropiado á la agricultura. La parte burlona, la gente de buen humor, ha dado en llamar á los tales, *fantoches*, á pretesto de que se les ven los alambres. Y aún hay quien asegura que tales tipos son muy apropiados para concejales. Yo no comprendo la moraleja, lo declaro sinceramente.

Cuenta que existen otros, cuya exhibicion arguye más trascendencia, mayor egoismo y tambien mejores provechos, aunque ménos tranquilidad de conciencia: refiérome á los hipócritas que pueden dividirse en dos clases: los hipócritas sociales y los hipócritas religiosos; unos y otros, estudian diariamente la manera de engañar al mundo, ocultan sus sentimientos y pasiones, y por más que tienen encendida una vela al diablo y otra á Dios, les sucede lo que á aquella máscara á quien un chusco le colocó sigilosamente un cartel en la espalda, conteniendo su nombre; con la diferencia que estos van cargados de medallas, rosarios y escapularios, que vienen á ser su favorito y usual antifaz; pero llevan tambien cartel que los delata.

Bueno será advertir al lector que no confunda en modo alguno á los hombres de recto corazón y buena voluntad, que se prosternan cariñosamente y respetuosamente á las plantas del crucificado en demanda del perdón de sus propias faltas y de las del prójimo, con los hipócritas.

Tambien podrian traerse á corro ciertas conciencias torcidas, maniáticas por la exhibicion que nace y muere en la mayor ó menor criminalidad, como los Rosa-Samaniego, los Cucaracha, los Pancha Ampla, los de la *Mano negra*, y otros de parecido linaje, si la compasion y la caridad no detuviera el curso de nuestra pluma.

En otras exhibiciones inocentes, que tambien las hay citaré las de las muchas mujeres, siquiera sea en muestra de conformidad con la aseveracion de un eminente filósofo contemporáneo al asentar, que *siempre hay un fondo de bondad en las cosas malas* así como

siempre hay un fondo de verdad en las cosas falsas.

Antes como preparacion á mi cita, y casi inclinándome hasta cierto punto á la exhibicion de la mujer, á cierta exhibicion, conviéndome combatir un antiguo refran aplicado á la misma, y es: *El buen paño en el arca se vende.*

Paso por alto la comparacion entre la mujer y el paño, y la otra, si bien mas propia, entre el arca y la infranqueable estancia de aquella, por evitar enojosas digresiones y con el intento además de probar, á ser posible, que el acreditado refran á pesar de su antigüedad podria relegarse al depósito de trastos viejos.

Demós por cierto, que el inventor de tan interesante axioma, se inspiró al hilvararlo, en las costumbres y los hábitos de aquella lejana época en la que, de seguro, apenas se conocian los cafés, ni existian tampoco los casinos, y menos todavía ciertas sociedades del día con el exclusivo objeto de proporcionar el solaz y divertimento de la juventud y jente menuda, como son las de baile, las de declamacion, *las de el tio vivo*, los polichinelas, fantoches, y otros espectáculos encaminados al mismo fin, todos los cuales en aquellos benditos tiempos de diezmos y primicias, hubieran llevado la consternacion y el espanto á sus sencillos y papactos moradores.

En tan bellos años apenas entrada la niña en la pubertad pasaba como buen paño al *arca cerrada*, de donde solía salir por los brillantes informes de algun fraile casamentero, cuyo especial servicio lo prestaba siempre por amor de Dios, por caridad, de algun célibe aficionado por pasatiempo, pero con la mejor buena fé, á unir corazones y voluntades, ó de alguna entrometida y vivaracha Celestina, arrastrada por el vil interés. Sin embargo, no para todas se abria el arca, que algunas quedaban, á falta de protector, para encargarse más tarde, entraditas ya en edad, de la delicada y piadosa faena de vestir imágenes, en union de media docena de viejas quintañonas.

Fuera ilusiones: es preciso reconocer que cada época trae con ella nuevas costumbres, diferente método de vida, en una palabra, distinto orden de cosas.

Hoy la mujer encerrada en el arca como paño bueno, se polillaría, se ranciaría, concluyendo por ser comida de los gusanos.

Las mamás hoy, la sociedad así lo exige, echando una cana al aire, arrastrando sus achaques, tienen que exhibirse con sus niñas, sino para buscar, al menos para ayudarlas á encontrar su media naranja: tal es el *modus vivendi de hoy*, ó con permiso de los boticarios sea dicho, *su modus casandi*, y gracias que de

este modo la encuentren, porque en el día los hombres no van como los gatos, olfateando arcas cerradas, ni estamos en tiempo de adivinación.

En vista de todo, orillando el antiguo refran puede reemplazársele con otro quizá de más remontada fecha, pero que encaja en la actualidad como *pedrada en ojo de boticario*, por más que no me conste si figura entre los coleccionados en el diccionario de la lengua; y es: *A la mujer y al fraile que les dé el aire*.

Hé aquí la exhibición que me permito llamar inocente, la de las mamás con sus hijas.

No quiero por eso decir, que apruebe y acepte el vuelo encarecido que en el día ha tomado en el bello sexo ese deseo irresistible de exhibirse, eso no. Porque en estos tiempos lo mismo encuentra V. á la niña mas remilgada, llena de compuncion y severamente ataviada, excitando la caridad pública en el átrio de una iglesia, ya en favor de cualquier imágen, ó ya del mismo templo, como se la ve alegre y bulliciosa presidir, con rico y vistoso traje, y aire un tanto flamenco, una funcion taurina; y francamente nunca he podido comprender como los padres y maridos exponen á sus hijas y sus esposas á que puedan aficionarse demasiado á este último y raro espectáculo.

Da V. un paso más, y esa misma niña, igual asiste por la mañana á una conferencia católica, que por la noche á recrearse con el canto de la *Mascota*; otra doncella ó casada, si llena de afán ofrece su admiracion á Castelar en el Congreso á primera hora de la tarde, parecida atencion presta al caer el sol al elocuente ministro del Señor que bajo las sagradas bóvedas eleva su voz, encomendando los deberes religiosos; y por fin siéntase al piano y lo mismo gorgear una petenera que una ária en loor de la Reina de los ángeles.

¿Y qué hacer? Vivimos en el siglo de la tolerancia y de las exhibiciones, se nos responderá; y cual más, cual ménos, todos nos exhibimos.

Ambrosio Gimeno.

LO QUE ES Y LO QUE PARECE.

I.

No há mucho tiempo que andaba por Madrid un loco, aunque no de atar, que entre otras extravagancias, tenía la de quitarse respetuosamente el sombrero siempre que veía un coche.

Creían las gentes que el loco saludaba á las personas que iban dentro, y se burlaban de él.

—¿Dónde ha adquirido V. tan buenas re-

laciones? le preguntaban. Dichoso V. que tiene por amigos tantos personajes ilustres.

—No saludo á las personas, contestaba el loco: saludo á los caballos.

—¡A los caballos! y ¿por qué?

—Por dos razones: la primera porque son animales que me gustan mucho por su docilidad, su hermosura y su mansedumbre; y la segunda porque nos hacen un gran servicio á los que andamos á pie, pues estoy seguro de que si esos señores no tuvieran caballos, ó los caballos no se prestaran á arrastrarlos, os agarrarían á vosotros y á mí para tirar de sus carruages.

Reíanse unos de la ocurrencia; pero no faltaba alguno que, murmurando entre dientes un «tiene razon,» se alejaba del corrillo, pensando y discurriendo y hasta sacando consecuencias, mas ó menos legítimas, de la extravagancia del loco... ¡Puras cavilidades!

A fuerza de encontrarme con el loco todos los días, concluí por quererle, porque era inofensivo, afable, dócil, simpático, y, sobre todo, porque siempre que encontraba niños á su paso, les acariciaba como el mejor de los padres, les daba algunas veces caramelos, y les despedía sonriendo cariñosamente.

Como acostumbraba yo á detenerme, cuando le veía, para oír las respuestas que daba á las impertinencias que las gentes le preguntaban, el pobre hombre me conocía á cien pasos y me tendía la mano apenas me acercaba.

Pasó algun tiempo, y el loco y yo fuimos amigos, y paseábamos juntos, apesar de que no faltó quien me dijo en mis propias barbas aquello de «un loco hace ciento» y de «quien con lobos anda á ahullar se enseña»; pero no hice caso de habladurias. Otros decían que me reunía con el loco para burlarme de él y reirme á costa suya; y qué se yo cuantas cosas mas que ya he olvidado.

El loco y yo nos veíamos todos los días, y de las conversaciones que tuvimos deduje la historia de una parte de su vida, y por consiguiente de su locura, y me pareció tan curiosa que no puedo renunciar á contarte algo, querido lector, á fin de que juzgues tú á los hombres, quiero decir, al vulgo, sabiendo la manera que el vulgo tuvo de juzgar á mi loco amigo.

II.

Preciso es que sepas que D. Cláudio *el loco*, así le llamaban, había ocupado una buena posición, es decir, había sido rico, aunque cuando yo le conocí vivía modestamente, con la renta que le producía su no muy grande capital puesto á rédito.

Cuando chico, había dejado descubrir que su cabeza no estaba bien sentada: y las mujeres del barrio, en que vivía con sus padres, advirtieron mas de una vez á su madre que el muchacho tenía ideas muy raras, como por ejemplo:

Una vecina tenía un perro que siempre estaba en guerra con el gato de la vecina de enfrente, y no pasaba día sin que el gato no mostrara un nuevo mordisco, ó el perro un nuevo arañazo. A Cláudio, pues, le ocurrió la extravagante idea de poner en paz á los dos rivales, de hacerles amigos, mas aún se empeñó en que habían de jugar y hasta dormir juntos.

—Ya ven Vds., decía á las otras, la vecina de enfrente, si es locura el querer poner en paz á dos animales que Dios ha querido que sean enemigos; porque, no hay que darle vueltas, el perro y el gato siempre serán lo mismo.

Pero el caso fué que apesar de haberlo Dios dispuesto así segun la vecina, Cláudio consiguió lo que se propuso.

—Pero, ¿qué dirán Vdes., dijo otra vecina, qué dirán Vdes. que hizo el otro día? Tenían ahí en la plaza los chicos un pájaro atado con un hilo, y se divertían, como es natural, soltándolo para que volara mientras el hilo se lo permitia; pues bien, llega el mocoso del muchacho, y sin saber porqué ni cómo, corta el hilo y el pájaro se escapa. Ya ven Vds. que gracia! nó, lo que es á mí, que quieren ustedes que les diga, pero me parece que ese chico ha de tener mal fin, porque ¿no es verdad que son esas malas intenciones?

—Ya lo creo, respondió otra, ¡vaya un gusto el de hacer rabiar á los pobres muchachos que estaban tan contentos con su pájaro!

—Los míos vinieron llorando á casa.

—Y los míos.

—Pues oigan Vds. y verán la mala sangre de ese chico, perdóneme su madre. El otro día andaba mi Antonio á la escuela, comiéndose un pedazo de tortilla que le metí dentro de un panecillo, porque lo que es mi Antonio, aunque almuerce á reventar, ha de salir siempre de casa comiendo. Pues, como digo, estaba en la puerta de la escuela, cuando acierta á pasar por allí la hija de ese ciego que vive en la guardilla, mirando con ojos de avaricia la tortilla y el pan que tenía mi chico en la mano. Cláudio, que había estado en mi casa esperando á mi Antonio mientras almorzaba, estaba allí tambien, y ya se vé, como es ya grandullon, le quitó á mi chico el pan y la tortilla y lo dió todo á la otra, diciéndole al mío, «anda, que tu ya has almorzado.» Yo soy mas buena que el pan, y me dan tanta lástima los pobres como á la primera; pero

francamente, no me sirve de plato de gusto el que mi chico no coma todo lo que tenga gana, solo por que el hijo de su madre venga con sus manos lavadas á quitárselo.

—Pues es claro, señora, y tiene V. mucha razon.

Algo pensativa ponian á la madre de Cláudio las murmuraciones de las vecinas; pero la buena señora se consolaba cuando la decia su marido:

—Chica, chica, no hagas caso de cuentos de vecindad, mientras el muchacho no haga nada malo.

Renuncio á contarte, querido lector, otras extravagancias de Cláudio durante su niñez; solo si te diré, que estas y otras fechorias por el estilo, le valieron mas de cuatro pedradas de sus condiscipulos y mas de ocho sermones de las vecinas, que no se les caían de la boca frases parecidas á estas:

—Ese chico no es como los demás, y sabe Dios en que parará!

—El no parece de malas entrañas; pero se le ocurren cosas tan raras! ¿Qué no haría sino fuera por el respetillo que tiene á sus padres?

—Ya tiene trabajo la pobre de su madre.

Y otras por el estilo.

III.

Creció Cláudio y con él crecieron tambien sus extravagancias.

La casa en que vivía tenía un jardincito de diez piés cuadrados, poco más ó menos y allí pasaba Cláudio, que ya tenía doce años, la mayor parte del día.

Tenía lugar todas las mañanas en el jardin una escena que llamaba la atencion de todos cuantos la presenciaban. No se sabe cómo se las había arreglado, pero el caso era que, apenas salía al huerto, un enjambre de gorriones y de pájaros de todas clases le cercaba, le estrechaba, le cubría, piando y cantando, poniéndole en la precision de no poder dar un paso sin lastimar á alguno. Cláudio les daba pan, mijo, y cañamones y la turba le dejaba en paz.

—Cuando yo digo que es loco ese chico!, exclamaba siempre alguna vecina. Solamente porque el Sr. Alcalde ha dado un bando, ofreciendo pagar á real la docena de cabezas de gorrion que le presenten, por el mucho daño que hacen esos bichos en los sembrados, el demonte del muchacho mantiene á todos los que quieren ir á su huerto.

(Se continuará.)

Ferónimo Lafuente.

EL PECADO NATURAL,
cuento por D. Antonio de Trucha.

(Continuacion.)

—Mejor sería decirle que puesto que el ferrocarril que pasa por cerca del pueblo hace tan breve y barato el viaje de Valpacífico á Madrid, se venga á pasar siquiera un día con nosotros, porque tenemos que consultar con él un asunto importante.

—Sí, mejor es eso, porque por escrito no se entiende la gente también como de palabra, y más en asuntos tan delicados como este.

—Hoy mismo le escribo al tío cura diciéndole que venga, con tanto más motivo, cuanto que no habiéndole visto desde que se fué, hace qué sé yo cuantos años, tenemos gana de verle.

En efecto, aquel mismo día escribió Rafael al tío cura, diciéndole, para más obligarle á que viniera, que su venida interesaba mucho á la salvación eterna, así del mismo Rafael como de su mujer y de sus hijos.

III.

Dos días después, el venerable párroco de Valpacífico entraba en casa de sus sobrinos de Madrid, con el alma en un hilo, con motivo de la noticia de que á la salvación del alma de sus sobrinitos interesaba su venida.

Le he llamado venerable, y aun me parece que le he llamado poco. Veneración profunda y hasta reverente cariño inspiraba su persona, pero el candor de su alma inspiraba admiración.

Hay dos candores muy diferentes; uno es hijo de la pobreza de inteligencia, y por tanto se parece mucho á la tontería; y el otro es hijo de la riqueza de bondad, y por lo tanto se parece mucho á la sabiduría.

Este último candor era el que resplandecía en la persona y en el alma del párroco de Valpacífico. Siento muchísimo que me falte tiempo para irme con él, encerrarme con él en Valpacífico y pasar allí un par de meses haciendo en cuerpo y alma la vida de campesino, á que tengo tan profundas é irresistibles inclinaciones que Dios no me ha permitido, ni probablemente me permitirá, ver satisfechas, aunque son el voto más ferviente de toda mi vida; siento que me falte tiempo para hacer esto, porque si no me faltara lo haría, y en seguida me consolaría de todas las tristezas y de todos los trabajos de mi vida escribiendo un libro en que sólo hablase de Valpacífico y de su señor cura y de sus honrados habitantes.

¿Ustedes no tenían noticia de Valpacífico? Pues yo les diré á ustedes donde es y como pueden componérselas para verle, aunque no sea más que á vista de pájaro. Cuando atravesasen ustedes en ferrocarril la cordillera Carpetana y se acerquen á la insigne patria de Santa Teresa de Jesús, á la ciudad por excelencia de los caballeros, vayan ustedes mirando hácia abajo, y poco ántes de desembocar en la llanura uno de los vallecitos que se inician en las alturas que atraviesa el ferrocarril y se van ensanchando conforme descienden de la montaña, verán ustedes á Valpacífico. Para que le conozcan ustedes mejor, voy á darles algunas más señas de él.

El lugar, que se compone de unas cincuenta casas, está entre dos bosquecillos: el de la parte de arriba del lugar, de robles, encinas y olmos, y el de la parte de abajo, de frutales que orlan y cruzan y recruzan la huerta que allí tiene cada vecino del lugar.

En un ancho escalon ó meseta que hace la vertiente derecha del valle encima del lugar, verán ustedes asomar por encima de los pomposos pinos que pueblan la meseta el campanario de una ermita de Santa Teresa, á cuya santa paisana tienen los de Valpacífico mucha devoción, porque tienen más motivos que los de todo otro pueblo de España para tenerla.

Estos motivos son los que vamos á ver. Cuentan los de Valpacífico que cuando la Santa estaba ya, como quien dice, con un pié en la tierra y otro en el cielo, dijo un día, volviendo de uno de los viajes que hacia á sus piadosas fundaciones:

—Toda la vida he estado viendo desde lo alto á Valpacífico y nunca he bajado á él, á pesar de que lo deseaba, porque toda la vida me ha enamorado su hermosura. No quiero morir sin satisfacer este deseo. Veamos si desde cerca me gusta tanto como desde lejos.

Y en efecto, la Santa se encaminó á Valpacífico. Al bajar al pinar, que ya entonces existía en la meseta que domina al pueblo, se sentó en una piedra á descansar y á contemplar el vallecito, y en memoria de esto y en agradecimiento á lo que luego diré, le erigió allí Valpacífico una ermita, así que la iglesia la declaró digna de erigirse altares.

Toda la gente de Valpacífico salió al encuentro de la madre Teresa de Jesús, apenas supo que esta se acercaba al lugar; y tales pruebas de veneración y cariño recibió la santa reformadora del Carmelo, que, como aquellas buenas gentes le pidiesen que intercediese con Dios por ellas en particular y por el pueblo en general, la madre Teresa les preguntó:

—Qué es lo que más deseais que Dios os

conceda? Decídmelo, que yo se lo pediré de todas veras al Señor.

—Madre,—le contestaron,—la gracia que más deseamos alcanzar de Dios es que mientras Valpacífico exista, sus habitantes no incurran en pecado, para que así todos vayan al cielo.

—Hijos,—dijo la Santa,—voy á orar ántes de alejarme de vosotros, y entre las mercedes que pediré á Dios se contará la que deseais que Dios os otorgue.

Así lo hizo la Santa, y la contestacion que recibió del Señor y puso en conocimiento de los de Valpacífico, fué esta:

—Teresa, estás complacida hasta donde es justo, y por consecuencia hasta donde es posible.

Y desde entónces Valpacífico, que ya era un pueblo de gentes muy buenas, como lo probaba el nombre que ya entonces tenia, pues aquel nombre indicaba una de las virtudes más grandes que puede tener un pueblo, que es la de ser pacífico y no revoltoso como van siéndolo casi todos los de España, Valpacífico se convirtió en un pueblo de santos, ó poco ménos.

El párroco de Valpacífico y sus sobrinos hablaban en el comedor, mientras Rafaelita y Carlitos los enamoraban en la iglesia que tenían en un cuartito inmediato, celebrando Carlitos una misa que ayudaba su hermanita. Como el fin santifica los medios, cuando estos medios no son alguna picardía de órdago, tanto el párroco como sus sobrinos hacian la vista gorda á las infracciones litúrgicas que en la iglesia se cometían.

El señor cura estaba impaciente por saber qué negocio del alma tenían sus sobrinos que consultar con él, y se lo preguntó á su sobrino.

Este se lo esplicó, y el buen párroco, si bien no aprobó las tendencias un tanto desinteresadas y laudables, pero tambien un tanto egoistas é irracionales, que notaba en sus sobrinos, que querian obligar á los chicos á abrazar el estado religioso, aunque no tuvieran vocación á él, convino en que criáranse para el estado religioso, ó se criaran para casarse y servir á Dios y la patria siendo buenos padres de familia, que es estado no menos santo, convenia mucho criarlos en un pueblo de tan sanas costumbres como Valpacífico y no en un pueblo como Madrid, donde si no habia tanta inmoralidad y peligro como Rafael y Carolina suponian, habia de todo como en botica, y podia tocarles á los chicos un poco de rejalgar de lo fino (como les habia tocado á sus padres, cuya tormentosa y pecaminosa juventud conocia el párroco, aunque ni por el pen-

samiento le pasaba que Rafael y Carolina hubiesen pasado del pecado venial.)

—Valpacífico—dijo Rafael—seria muy bueno para lo que nosotros deseamos, por la sola circunstancia de vivir usted allí y tener á su cargo el gobieano espiritual del pueblo, y si el pueblo fuese en la actualidad tan de buenas costumbres como era cuando usted fué á él, no tendria precio para preparar á Rafaelita á convertirte, como quien dice en una Santa Teresa de Jesús, y á Carlitos, como quien dice en un San Luis Gonzaga. Conque diga usted, tío: ¿las costumbres de Valpacífico continúan siendo como usted nos las pintó cuando fué allá?

—Las mismas, hijos, las mismas. ¿Y como no habian de ser, si Dios prometió por intercesion de Santa Teresa que serian así siempre?

—Si, ya nos contó usted esa piadosa tradicion de Valpacífico.

—Tanto mas respetable y fidedigna, cuanto que los habitantes del lugar, si no son unos santos, les falta poco para serlo.

—¿Conque tan buenos son?

—Hijos, todo lo que en su alabanza se diga es poco. Allí no hay blancos ni negros, y sí solo buenos españoles; allí no hay holgazanes como en Madrid; allí no hay quien sea capaz de robar ó estafar tanto así; allí nadie se emborracha ni hace indignidades por llenar la tripa; allí no se oye una blasfemia ni una obscenidad; allí no se despelleja al prójimo con la murmuracion ni á los pobres con la usura; allí nadie falta á los preceptos de la iglesia; allí se cumplen los mandamientos de la ley de Dios; allí los matrimonios viven como Dios manda; allí los siete pecados se fastidian, porque en cuanto asoman, les caen encima las siete virtudes; allí...

Tío, permita usted que le interrumpa para decirle una cosa.

—Dime lo que quieras, hijo.

—Allí no le dará á usted mucho que hacer el confesonario.

—¿Pues no me ha de dar, hijo? No hay dia que antes de misa no me siente en él.

—Pero ¿qué han de tener que confesar los vecinos de Valpacífico si son unos santos?

—Hombre, yo no he dicho que sean unos santos, sino que les falta poco para serlo. Los vecinos de Valpacífico al fin pertenecen á la mísera y frágil humanidad, y no están exentos de algun pecadillo. Dios prometió á Santa Teresa complacerla en cuanto fuera justo, y por tanto posible, y no complacerla en absoluto. Hay pecados que pudiéramos llamar naturales, por que están en la naturaleza humana. Vosotros direis que si son naturales no son

tales pecados. Si, señor, que lo son: porque Dios nos ha dado la inteligencia para que veamos si la naturaleza se extravía ó no, y en caso de que se extravié, le digamos: «Alto ahí, que eso no es justo ni decente.» En fin, hijos, estos son cosas muy delicadas para un sacerdote, porque son cosas de confesonario, y me permitireis que no sea mas explícito.

—Bien, tío. Con que quedamos en que se llevará usted para allá los chicos, los tendrá en su casa, y les dará toda la educacion que el lugar permita.

(Se continuará.)

CANTARES.

Una cayó en una rosa
de dos gotas que iban juntas,
otra en el lodo cayó,
¡mira lo que es la fortuna!

Yo ví de un corazon viejo
brotar un amor de niño,
como de cepa arrugada
sale jugoso racimo.

En la fuente del placer
mana el agua gota á gota;
mas la fuente del dolor
á caños llenos la arroja.

Siempre niño es el amor;
siempre jóven la belleza;
la dicha está por nacer:
la experiencia siempre es vieja.

Yo quiero un primer amor,
que gusta un fruto temprano,
y es poco alegre espigar
campo que otros han segado.

Entre el amor y la muerte,
el primero es el que priva,
que el segundo solo mata,
y el amor dá muerte y vida.

En la muerte de mi amada
lo que más me sorprendió,
fué ver que al siguiente dia
se atrevió á salir el sol.

En el jardín de tu cara
no dejes que planten besos;
es flor que muy poco dura
y echa á perder el terreno.

Anoche exhalé un suspiro
sobre las olas del viento,
y el viento no corrió más,
que no pudo con el peso.

La Muerte le salió al paso
y así le dijo á mi niña:
—Si me das tus ojos negros
trabajaré más deprisa.

Melchor de Palau.

LA FAMILIA DE ZURITA Y SU ULTIMO REPRESENTANTE.

(Continuación.)

El mariscal Soult, con el 3.º y 5.º cuerpo del ejército imperial, se apoderó de Zaragoza, á pesar del heroísmo de sus defensores: Vathier, con 1800 infantes y 500 caballos penetró en el Bajo Aragon, Calanda, Alcañiz y sus contornos, dirigiéndose á Morella con la idea de apoderarse de la plaza, considerada como base de operaciones para entrar en el reino de Valencia y darse la mano con las tropas francesas que operaban en Cataluña.

La turbacion, la confusion y el desórden siguieron á esta noticia. Las comunidades religiosas de San Francisco y San Agustin, las monjas agustinas y una gran parte del clero se dispersaron y huyeron á los pueblos vecinos, porque sabian que el blanco de los rencores del gefe francés era principalmente los eclesiásticos: familias enteras atribuladas abandonaban sus hogares en busca de las cuevas y breñas de las montañas para lograr una seguridad ilusoria, y la de Zurita hizo otro tanto, dirigiéndose la madre con las hijas, todas solteras á la sazón, á su masada y posesion llamada *Torre-Segura* y *Genoveta*, camino de Ares. Mientras tanto su hermano D. Gaspar, al frente del batallon de milicianos y con una compañía del regimiento de América, despues de disponer la defensa de la plaza, marchó con arrojó á ocupar las alturas de Monroyo y la Pobleta de Morella, con el fin de impedir el paso al aguerrido ejército invasor.

El dia 11 de Marzo salió el comandante Zurita de Morella; confiado en el entusiasmo y decision de los milicianos, ocupó algunas alturas y desfiladeros, abrió fosos en el camino y obstruyó el paso con barricadas de troncos de pino y follaje. Dice el Sr. Segura á este propósito: «Eran los primeros ensayos de su valor y no contaban con el cálculo meditado de los enemigos!...» Es la verdad. Allí ani-

maba á todos el patriotismo, pero no se contaba ni el número ni la calidad del enemigo.

Al amanecer el día 16 de Marzo, algunas compañías de franceses salieron de Monroyo, pero despues de reconocer el terreno se retiraron, dejando nuestros milicianos las avanzadas para replegarse en la Pobleta, no dudando que aquella tarde ó al siguiente día, tendrían que atacar al enemigo ó defender sus posiciones. Al otro día, seis compañías francesas y un escuadron de caballería, se empeñaron en desalojar de los puntos ocupados á los morellanos; pero estos, fuertes en sus parapetos, rechazaron el ataque, matando algun caballo é hiriendo á varios ginetes. No esperaban los enemigos una resistencia tan tenáz, y por esto pidieron refuerzo de Alcañiz, precisamente cuando llegaba una columna de los que habian entrado en Zaragoza. El día 19 llegaron á Monroyo seis mil franceses, y enviando de vanguardia algunas compañías, se dividieron los demás en dos mitades, con el objeto de cortar la retirada á los morellanos, que ignoraban la llegada de aquella fuerza. Rompióse el fuego, llevando alguna ventaja nuestras tropas; pero un paisano de Monroyo avisó á D. Gaspar Zurita del peligro en que se encontraban, pues una division de tres mil hombres, tomaba las alturas de San Márcos. Dió orden para que replegándose las compañías apostadas, rompiesen la línea enemiga, cuando los franceses se arrojaron sobre nuestras tropas.

En vano Zurita les alentaba é infundia serenidad, porque al verse rodeados sus milicianos por todas partes de enemigos, se dispersaron, quedando el gefe solo con unos cien hombres, que pudieron escapar y entrar en Morella, gracias á que conocian el terreno.

«El 20 llegaron las tropas de Napoleon á la vista de Morella, ocupando las alturas de San Pedro Mártir y los llanos del Prat. El 21 por la mañana llegó á Santa Lucía, ermita distante un tiro de fusil de la plaza, un edecán con una compañía de granaderos, y adelantándose un cabo con algunos soldados, entregó un oficio para el Gobernador. En él se pedía la entrega de la plaza, ofreciéndose la salida libre á la clase de tropa con sus armas y bagages. Solo contaba Morella con 100 soldados, y reunido consejo, determinó marcharse, pues era temeridad defender la plaza contra los ataques de siete mil infantes y ochocientos caballos, provistos además de un tren de montaña. Abiertas las puertas, salió la escasa guarnicion y los franceses pisaron por vez primera las calles desiertas porque los vecinos ó se marcharon ó estaban ocultos en sus casas. El trato que dieron á los paisanos fué cruel, y

un tributo de *cien onzas de oro* raciones y cuanto por entonces necesitaban, fué el primer sacrificio de los morellanos en la guerra de la Independencia. Inutilizaron ocho cañones de hierro, y llevándose los demás, con los pertrechos y ropas del hospital, se marcharon el día 25, dejando abandonada la plaza.» Hasta aquí el historiador mencionado, y nosotros añadimos: cuando atribulada marchaba á Torre-Segura D.^a Mariana Borrás con sus hijas, lleno el corazon de congoja por la suerte que cabría á su hijo D. Gaspar y por tener enfermo á su esposo D. Francisco, acompañada solo de algunos leales servidores de la casa, de repente, y al llegar al *Mas del Pas*, fué detenida la comitiva por una avanzada francesa, que las hizo prisioneras, impidiendo continuaran su camino y obligándolas á retroceder á la plaza en medio de bayonetas. Aquella señora, temiendo un atropello y desacato en la persona de sus hijas, dirigióse con energía al gefe de la fuerza y apostrofándole con dolor pero con resolución, díjole quiénes eran ypidióle por su honor militar que las protegiese y librase de los insultos de la soldadesca. Conmovió la actitud y dignidad de la madre al gefe francés, y lejos de maltratarlas, les guardó las consideraciones debidas á su clase, acompañándolas á Morella y poniéndoles una guardia en la puerta de su misma casa: quedaron libres cuando el día 25 dejaron los franceses abandonada la plaza.

No fué aquel el último susto y sobresalto que pasaron. La fiebre tífica, que tantos estragos causaba en otras capitales, se desarrolló tambien en Morella, tocando sus consecuencias esta familia, y dejando muy mal parada la salud de su padre D. Francisco.

El desastre de las tropas españolas de Belchite y el amilanamiento de los soldados dispersos y bisonos que llegaban á Morella, junto con el reducido número de voluntarios que la custodiaban, puso otra vez la fortaleza en manos de los franceses que entraron pidiendo raciones y dinero, volviéndose por el camino de Aragon. El hambre, la guerra y la peste hacian estragos en el pais.

En el año 1810 el general Suchet recibió la orden de atravesar el reino de Aragon para dirigirse á Valencia. Dividió el mariscal sus fuerzas dando una division al brigadier Habert, que desde Alcañiz pasó á Morella con 400 hombres; los soldados que la guarnecian se marcharon á los montes y entró sin oposicion el francés, imponiendo al pueblo una fuerte contribucion, llevándose en rehenes á sugetos principales de la villa, para obligar á satisfacer el pedido, tratándolos cruelmente.

Y otra vez dejaron los franceses á Morella

y otra vez en 24 de Abril se reunen milicianos y reclutas con una columna española y los batallones de Peñíscola y Morella, comandados por D. Gaspar Zurita, y vuelven á posesionarse de Monroyo y Peñarroya: unidas estas fuerzas á 600 hombres del regimiento de Saboya, á 800 de Caro y 1.000 voluntarios de Orihuela, marcharon á Alcañiz, en donde atacaron con denuedo una columna enemiga, obligándola á refugiarse en el castillo, mas sabiendo que el enemigo recibió refuerzo, se retiraron ordenadamente á Morella.

Cada salida, cada escursion de Zurita, era un motivo de tribulacion para su madre y hermanas. He oido decir muchas veces á las dos menores: «nos hemos criado entre sustos y lágrimas.» No se vivia entonces de otro modo.

El ejército francés era superior en número y en inteligencia, es cierto; pero habian adquirido sus gefes la conviccion de que los españoles eran de un carácter indomable, y que una derrota de una division no importaba para que al dia siguiente les armasen una celada y consiguiera la bravura de paisanos mal armados lo que no habian logrado la táctica y la disciplina.

En los dias 23 y 24 de Junio de 1810, á las puertas mismas de Morella, se reunen para atacar al general francés Mont-Marié, y despues de desplegar este todos sus batallones, sobre 5.000 hombres, tiene que retirarse á la plaza, cansado de un dia de fuego: el siguiente (24 de Junio), vuelven á salir, vuelven los nuestros mandados por Odonejú á atacarles, dura el fuego desde las primeras horas de la mañana hasta las dos de la tarde, pierden y recuperan unos y otros diversas posiciones, se suceden los ataques á la bayoneta y las cargas de caballeria, hasta que finalmente los nuestros se retiraron hácia Vallivana sin pérdidas de consideracion y sin que el extranjero pudiera cantar victoria. Los morellanos tenian por espectadores de su bravura á sus esposas, á sus madres, á sus hermanas, y los hombres más inofensivos se volvieron leones defendiendo á su familia y á su patria.

El 6 de Julio de este año la guarnicion francesa no contaba más que con 200 hombres; Falcó ataca la plaza con 2.000 y entra: aquella se retira al castillo, este ocupa toda la poblacion: el 29 del mismo mes vuelven á perderla los españoles y la recupera, despues de otra batalla en los alrededores, el general Mont-Marié. Los guerrilleros acechan, buscan y aprovechan la ocasion, y la ocasion vuelve á presentarse en 1.º de Enero de 1811, escalando la muralla el arrojado sargento Milian, que con mucha compañía se ocultó en dos casas y atacó á los franceses cuando la guarni-

cion del castillo bajó descuidada á la poblacion á pasar un rato de solaz. Cincuenta prisioneros y algunos heridos franceses fué el resultado de esta atrevida tentativa; llevóse Milian su presa, pero sufrieron las represalias los hijos de la poblacion: el historiador mencionado dice á este propósito: «El comandante Perroni mandó aprisionar á cuantos paisanos encontró en las calles. Eran tantos, que la plaza alta del castillo no era capaz para contenerlos, y al cielo raso, en medio del invierno, sufrieron todas las penalidades del hambre, el frio y los malos tratamientos.»

Allí se reunieron mas adelante los de otros pueblos inmediatos mantenidos en rehenes, y ni se respetó el carácter del sacerdote, ni el honor de la casada, ni el candor de la doncella. En 8 de Abril de 1813 las partidas de guerrilleros, mandadas por el P. Nebot, asaltan de nuevo la plaza junto á la Torre Beneito, obligan á la tropa á retirarse al castillo y destrazan la casa del gobernador; á la mañana siguiente y despues de racionarse, se marcharon, pero no pudiendo vengarse el francés en los soldados españoles, se vengó en los paisanos, fusilando 16 al pié del castillo, apareciendo sus cadáveres el dia 17 en la capilla de la comunion de la Iglesia mayor, horrorizando al pueblo con aquella bárbara medida.

El 19, á pesar de ello, repitieron los españoles otro asalto, por la parte de los portales de San Mateo, Forcall y el Estudio, haciendo retirar al castillo á las tropas de la guarnicion. El 20 entraron por tercera vez, abrieron las puertas á los españoles y penetró en la poblacion el fraile Nebot con 3000 voluntarios, se alojó en las casas é intimó la rendicion al castillo, aunque inutilmente. Hasta el 22 de Octubre de 1813 no quedó libre Morella de la dominacion extranjera, siendo preciso para ello que el general Elío, con dos baterias de cañones situadas en el *Carraixet* y una de obuses en *Collet del vent* disparase sin tregua contra el castillo, y aun no fué bastante: se trageron de Vinaróz cañones de 16 y de á 24, y entonces cayó para siempre en ruinas la célebre torre Celouquia, baluarte donde tremoló por vez primera la bandera de la reconquista, convertida en aquellas circunstancias en depósito de víveres. Capituló el gobernador y cayó prisionera de guerra toda la guarnicion, quedando libre Morella de la dominacion francesa.

En otro artículo, pues este se vá haciendo muy largo, veremos lo que, despues de aquella tremenda lucha, hizo la patriótica familia de Zurita.

Nicolás Ferrer y Julve.

INFLUENCIA DE LA RELIGION CATÓLICA
EN EL INDIVIDUO Y EN LA SOCIEDAD.

(Conclusión).

Los hijos se consideran como dones con que Dios premia la virtud de los esposos; pero dones que les concede solo en depósito y de los que tendrán que rendirle estrecha cuenta. Deben tratarlos según los santos fines que el matrimonio se propone; deben alimentarlos, vestirlos y darles «sobre todo» una educación sólidamente cristiana: los hijos son futuros ciudadanos de la gloria, tienen el cielo prometido, y los padres, la obligación de inculcarles las verdades y creencias del cristianismo, dirigiéndoles por el camino de la virtud y haciéndoles aborrecible todo lo que no está conforme con la divina voluntad.

Para los padres cristianos son más dignos de amor y cariño los hijos que se crían raquíticos y enfermos que los que gozan de robusta salud y fuerzas viriles. Los hijos deben á los padres, además de su amor grande y sincero, obediencia, sumisión y respeto; deben hacer cuanto aquellos dispongan, siempre que Dios no lo prohíba, y servirles de apoyo y amparo en su vejez, devolviéndoles de alguna manera los beneficios que recibieron de pequeños.

En la familia cristiana el esposo es la providencia del hogar que proporciona todo lo necesario para la satisfacción de las necesidades que sienten sus individuos, y la esposa, la amabilísima mediadora que distribuye los dones según á cada uno conviene; el padre hace en cierta manera el oficio de Dios, y la madre, desenvolviendo todo un piélagos de ternura, forma el corazón de sus hijos, haciéndolos dulces, amables y cariñosos. ¡Qué dulce es al cristiano tener una madre, y sobre todo una madre que tome por tipo á María, madre de Jesús y de todos los hombres!

En la familia cristiana los servidores se consideran como miembros de la pequeña sociedad: los esposos deben considerarles como hijos, y los hijos, como hermanos. el jefe de la familia debe atender á su alimento y educación, no siéndole lícito dedicarlos á un trabajo que, por su calidad ó cantidad, pueda ser pernicioso á la salud del dependiente. Los antiguos esclavos, pasando á la condición de hombres libres, y adquiriendo por el influjo de las doctrinas evangélicas la dignidad humana que la falta de revelación les había arrebatado, han adquirido la sagrada obligación de amar y de respetar á sus amos, de mirar los intere-

ses de la familia como propios y de trabajar cuanto les sea posible en beneficio de la casa.

El príncipe no puede ser ni déspota ni tirano; ya no puede considerarse dueño ó árbitro de vidas y haciendas, pues de todas las páginas del Evangelio brotan regeneradoras ideas de cristiana libertad. El pueblo ya no es un patrimonio del Rey, pues éste recibió la autoridad de lo alto para hacer la felicidad de sus súbditos, protegiendo los intereses materiales y desarrollando, cuanto le sea posible, los intereses morales. La ley cambia de base y se funda en mejores principios: ya no es «quod principi placuit, sino *ordinatio* rationis ad bonum commune. La guerra no se encuentra ya entre los medios legítimos de adquirir, ni la voluntad del más fuerte entra como el más mínimo factor en el derecho internacional. La guerra se consiente como medio de sostener y reclamar derechos legítimos, desconocidos ó conculcados por otros, y como medio de proteger á sus súbditos y sus cosas manteniéndoles en paz y sosiego. La que se propone otros fines ó se hace sin una necesidad evidente, es guerra injusta, guerra reprobada por Jesucristo y su Iglesia. El vencedor ya no hace suyas la hacienda y la libertad y la vida del vencido; debe tratarle con toda clase de atenciones, sin hacerle más daño que el necesario para obligarle á respetar su derecho.

Los hombres todos somos hermanos; todos descendemos de un tronco comun, y en beneficio de todos se derramó la sangre del Justo. Todos, negros y blancos, pobres y ricos, pequeños y grandes, plebeyos, nobles, príncipes y sacerdotes, somos hijos de Dios y herederos de su gloria. A la esclavitud, pues, falta su base, porque el hombre ya no puede ser propiedad de otro hombre; y, aunque se resiste algún tiempo sostenida con poderosos puntales de intereses mundanos, el cristianismo la suaviza poco á poco, consiguiendo romper para siempre las cadenas del esclavo.

El sacerdocio, la Iglesia docente, ya no es una casta privilegiada que acapara la ciencia ocultándola á los profanos; el sacerdocio ya no es un medio de satisfacer la avaricia, la ambición y otras pasiones bastardas. El sacerdocio se convierte en una vida de virtud y sacrificio; el sacerdote se abraza con la cruz del Redentor, y despreciando contratiempos, amenazas y peligros, convence á las inteligencias con la enseñanza de las verdades reveladas y mueve los corazones con la sublimidad del ejemplo: el sacerdote, en fin, no perdona medio ni fatiga para disipar las nubes de la inteligencia y sofocar los malos afectos del corazón, moralizando á todos los hombres, para proporcionarles el bien posible en el mundo,

La virtud de la castidad, desconocida casi en el mundo gentil, de tal modo abunda entre los pueblos cristianos, que millones de individuos renuncian á los placeres de la carne, para hallarse en todas las ocasiones en mejor disposicion de servir á Dios y á sus hermanos. Lo que antiguamente parecia imposible, el cristianismo lo ha hecho facil y hacedero; la virtud que el mismo pueblo judío consideraba despreciable, es de las más estimadas entre los pueblos cristianos.

La sublime virtud de la caridad, desconocida en el mundo pagano, es la que rige é informa á las sociedades cristianas. El antiguo mundo se hallaba basado sobre el mas negro de los vicios, sobre el vicio del egoismo; las modernas sociedades, llenas del espíritu cristiano, tienen su base y fundamento en el amor de nuestros semejantes, en la virtud de la caridad. En el mundo cristiano, una buena parte de sus individuos, siguiendo los consejos evangélicos, abandonan todas las comodidades, todos los placeres, todas las delicias, y, negándose á sí mismos, dedican todo su celo, toda su actividad y toda su inteligencia á remediar las necesidades del prójimo y á promover la felicidad de sus semejantes, sin contar con que todos y cada uno de los hombres están obligados á no perjudicar á tercero por utilidad que la accion les reporte y á socorrer á los demás en la proporcion de sus fuerzas; el amor mútuo que, como precepto nos impone el Evangelio, exige de cada uno que preste auxilio á los demás.

El cristianismo ha transformado el mundo por completo, reemplazando el despotismo con la libertad, con la honestidad el desenfreno y con la caridad el egoismo.

La doctrina de Jesús dió el golpe de muerte al vergonzoso imperio de los Césares, civilizó á los bárbaros más duros, feroces y sanguinarios que los mismos tigres y panteras, en cuya compañía se habian criado en los bosques, y humanizó aquellas hordas salvages, que se habian arrojado sobre el mediodia de Europa sedientas de conquistas, de sangre y de exterminio. La Iglesia disminuye las guerras y matanzas, introduciendo la tregua de Dios y el derecho de asilo, y prohibiendo el uso de ciertas armas excesivamente dañosas, y evita arroyos de lágrimas y ríos de sangre en aquellos tiempos de hierro, erigiéndose en tribunal inapelable para decidir las querellas de las partes contendientes. Leon el grande salva con Roma la naciente civilizacion, consiguiendo solo con su majestuosa presencia del feroz y bárbaro Atila, mucho mas que los ejércitos romano y visigodo derrotándole en los campos cataláunicos. La divina antorcha

de la fé convierte en monarquías estables y cristianas los campamentos de los bárbaros, que erigian por rey al mas fuerte, sustituyéndole con el mas atrevido criminal.

La Iglesia hace comprender á príncipes, reyes y emperadores que no distingue entre grandes ni pequeños, y que ninguno se librará de hacer penitencia, si quiere conseguir la remision de sus pecados. Digalo sino el gran Teodosio, arrojado de la Iglesia de Milan, y obligado á vestir saco y ceniza, por un acto de horrible crueldad que ejecutó contra súbditos rebeldes.

La Iglesia por medio de las cruzadas, además de trasladar á Europa la civilizacion oriental, contuvo la invasion agarena, que pretendia inundar en sangre, desolacion y ruinas todos los estados cristianos; tiene constantemente á raya el gran poder de los Turcos, y les dá el golpe de muerte en la batalla de Lepanto, concitando contra los sectarios del falso profeta á las potencias que mayor poder ejercian sobre el mar.

En el siglo XIX, siglo del vapor y de la electricidad, podrá parecer tardé y perezosa la marcha de la Iglesia al traves de las edades; pero debemos tener en cuenta que los cambios rápidos pocas veces son estables, y que la Iglesia no dispone de más armas que de la predicacion y el buen ejemplo. Debemos considerar que, si bien el hombre se halla regenerado, no ha podido desprenderse de todas sus malas pasiones, que en contra del bien se halla el mal en lucha constante, y que, aunque no puede destruirlo, retardá más ó menos sus progresos.

Sin embargo de todo, la Iglesia en su marcha regeneradora, camina de una manera segura; marcha siempre adelante, sin pararse jamás en el camino, y sin abandonar las posiciones que una vez ha conquistado. El error levanta todos los días su cabeza abominable, pero todos los días parece aplastado por la esposa mística de Cristo. La nave de la Iglesia, siempre combatida de procelosas olas, de huracanados vientos y recias tempestades, navega por mares y derroteros conocidos, sin desviarse un punto del objeto que persigue, sin dudar siquiera una vez sobre el rumbo que en cada ocasion le conviene seguir, y segura de que arribará felizmente al puerto del cielo, no deshecha ni quebrantada, sino con pujanza y gallardia, vencedora en todos los combates contra todo género de enemigos.

Pedro Arnalte.

MISCELÁNEA.

Estudio crítico del Nihilismo.—Rusia ante el Occidente, por D. Joaquín Arnau Ibañez.—Precio; 4 pesetas.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

La acreditada casa editorial de J. Alau y Fugarull, de Barcelona, sigue publicando la «Historia Universal» por César Cantú, que contendrá más de 3000 datos artísticos y arqueológicos. También publica «El Museo de novelas» científicas y recreativas, que como todo lo que de tan reputada casa sale á luz, constituye una maravilla en el arte tipográfico litográfico.

Don Quijote de la Mancha.—Un solo volumen de 372 páginas.—5 reales para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias, 3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas más conveniente á las familias y más económico.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sánchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véndese á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Revista popular de Conocimientos Útiles.—Precios de suscripción: Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses 12.—Regalos.—Al suscriptor por un año se le regalán 4 tomos, á elegir, de los que haya publicados en la Biblioteca, 2 al de 6 meses y 1 al de trimestre.

Revista de Castellón.—Científico-literaria, agrícola, industrial y mercantil.

La ilustración valenciana.—Semanario de literatura, gratis á los suscritores de *El Universo*.—Salinas, 23, Valencia.

Revista de Valencia.—Publicación mensual de 48 páginas redactada por Perez Pujol, Llorente, Pizcueta, Torres, Amorós, Ferrer y Julve, Barberá y Falcó etc. etc.—Mar, 48, Valencia.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

La Broma.—Organa política democrática.—3 meses, 3 pesetas; 6 meses, 6 pesetas; un año, 11 pesetas. Número suelto, 15 céntimos.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4.—Madrid.

Manual de Hacienda municipal.—Tratado teórico-práctico de presupuestos, arbitrios, cuentas y contabilidad municipal, con todos los formularios correspondiente para la redacción de presupuestos, etc. para uso de los Alcaldes, Contadores de fondos municipales, Secretarios y Depositarios, por Don Fermín Abella.—Precio 14 rs.—Plaza de la Villa.—4.—Madrid.

Manual de los juicios de testamentario y abintestato, con reglas y formularios para hacer las particiones, por D. Fermín Abella.—3 pesetas Plaza de la Villa.—4.—Madrid.

Manual del derecho de caza, por D. Fermín Abella.—2 pesetas.

Manual de formularios para el enjuiciamiento en lo criminal, ajustados á la novísima ley de 14 de Setiembre de 1832, por D. Fermín Abella 4 pesetas.

La Riqueza del Hogar.—Labores de aguja, crochet, malla, encajes, bordados, flores, etc.—Corte y confección de ropa blanca.—D. Gregorio Estrada, editor, Madrid.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Picatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica Popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volumen—5 pesetas.—Dector Fourquet,—7.—Madrid.

Elisir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel.—Imp. de la Beneficencia.